

CUENTO N° 25

TÍTULO: UN CUENTO EN LA VIDA DE MELCHOR

SEUDÓNIMO: SOLANO

AUTOR: JOSÉ MIGUEL OVALLE ALDUNATE

UN CUENTO DE LA VIDA DE MELCHOR.

Nací en un establo de parto natural. A los pocos días fui destetado de mi madre, para ser vendido a una familia modesta.

Mi infancia fue ingrata, era comúnmente golpeado con la escoba, pues me orinaba o me hacía caca. La comida la tiraban al suelo y debía pelear por mi subsistencia.

Fui vendido por esta humilde familia y me adoptaron nuevos padres que me trataban bien, pero seguía tiritando de miedo, sin comprender que me querían.

Tenía mi propio plato y no peleaba por la comida, un lugar cómodo y abrigado donde dormir y aunque me asustaba recibir cariño, de poco a poco me deje querer.

Con todo el aprecio de mi nueva familia fui creciendo fuerte y sano. Mi única obligación era jugar, correr y divertirme. Como todo pequeño empecé a hacer mis travesuras, me gustaba romper los juguetes y los zapatos de mi madre adoptiva. Me castigaban, pero muy luego volvían las caricias y los premios, llegando a ser la alegría de la casa.

Aprendí a perderme y era entretenido, pues mis padres y hermanos me buscaban por todas partes, mientras yo seguía en una nueva aventura, junto a mis nuevos amigos. Lo más divertido era entrar a la casa de los vecinos donde nos salían persiguiendo pues habíamos robado los aperitivos y delicatessen de estas personas. En nuestra huida nos encontró mi familia y me castigaron por revoltoso, sanción que duraba poco, y yo con ojos de sufrimiento, causaba pena en ellos y pronto volvía a ser el más regaloneado de la casa.

A mi padre cuando volvía lo recibía con mucha alegría y con el empezamos nuestros paseos nocturnos, que siguieron por mucho tiempo. Muchas veces me metía en problemas pues me peleaba con otros vecinos que eran más grandes, pero no me intimidaba, y finalmente mi padre nos separaba de esta pelea, antes que nos hiciéramos daño.

Por circunstancias de la vida nos debimos cambiar a una parcela, que el padre no pudo vender. En este lugar disfrutamos plenamente de la naturaleza, corríamos con el viento helado contra el rostro, cuando era invierno y en verano, podíamos pasear en la tarde, hasta cuando el sol empezaba su ocaso.

Al tiempo me di cuenta que me sentía atraído por vecinas de nuestra parcela, este interés me hacía perder la cabeza y solo pensaba en conquistarlas, para lo cual me peleaba con mis compañeros, saliendo muchas veces perdedor y herido.

Cuando llegaba a mi casa me preguntaban en que andabas, llegas todo maltrecho. ¿Cuándo aprenderás a portarte bien? Luego me curaban y en más de una ocasión fui a parar a la consulta de señores de bata blanca, que me sanaban, causándome mucho dolor.

Luego llego un hermano más chico y yo deje de ser el centro de la familia. No lo quería y pensaba en deshacerme de él, pero el muy cobarde con llantos me acusaba con mis padres y hermanos mayores.

Tuve que acostumbrarme a este nuevo invitado y con el tiempo fue mi protegido, para luego ser mi amigo inseparable.

Con la familia hacíamos paseos inolvidables, salíamos a corretear conejos, corríamos por los cerros y nos refrescábamos con aguas naturales que corrían por estos campos.

En los veranos íbamos a la playa y quedé encandilado cuando vi la inmensidad del agua azul. Con mis hermanos jugábamos a la pelota y después nos bañábamos en el agua salada, que no podía tomar, pues me daba más sed. Como era revoltoso, me castigaban sin salir, pero como era porfiado siempre llegaba hasta donde estaba mi familia. Entre saltos en la arena, molestaba a los otros veraneantes, incluso alguna de las niñas que tomaban sol, que se levantaban perdiendo el sostén que tenían suelto, todo un alboroto se producía con mis paseos playeros.

Por mi mal comportamiento me dejaron encerrado, sin poder hacer otras travesuras, pero ya cobraría revancha, pues cuando los vecinos muy pitucos preparaban un asado y tenían todo preparado para recibir a unos señores muy importantes, me escabullí dentro de su casa y les robe la comida, con la que me di un festín.

Enojados los vecinos reclamaron a mis papas, quienes partieron a comprar carne para reponerla a los vecinos y a mí me castigarían por el resto del verano.

No tarde en tomarme desquite, pues cuando me arranque a la playa, esta vez sigilosamente, para evitar el alboroto de los vecinos, me acerque hacia el quitasol de estos vecinos y me hice pipi en la polera rosada del vecino acusetete.

El resto del verano seguí castigado, pero no faltó ocasión para escaparme y volver a mis travesuras.

De vuelta a la capital, sentí la libertad de correr por los campos, perseguir conejos y pasear con mi familia, volviendo a ser el regalón.

Me presentarían una compañera muy guapa, con la que debía ser formal y educado. Al poco rato de la presentación la invite a mis paseos donde corríamos por el campo y nos divertíamos entre nosotros, esto fue un flechazo pues terminamos revolcándonos, para acabar en un coito apasionado. Nos perdimos toda la tarde y cuando volvimos cerca de la noche, encontramos que no había nadie en la casa, todos andaban en nuestra busca.

Mis aventuras de conquistador, nadie las podrá superar, ni siquiera los ilustres Juan Tenorio o Casanova de la literatura clásica, siendo una de mis aventuras con la joven distinguida y la más fina de la comunidad, la que era custodiada celosamente por sus padres, y su novio solo podría ser de alcurnia. Ninguna barrera ni la reclusión de la fina joven fueron obstáculo a mi alevosía, en no más de tres días la conquiste y ese cuerpo fue mío, como dirían los jóvenes de hoy “touch and goo”.

Mi reputación de casanova se corrió por toda la comuna, mis escapadas se hacían recurrentes, no se me escapaba ninguna, desde la más finas hasta las populares prostitutas. En estas escapadas mi familia me buscaba, pero ya habían perdido la batalla por hacer de mi un ser correcto y disciplinado, incluso en una ocasión me contrataron un maestro, quien lograba domesticarme, pero como mi familia se percató que perdía toda la chispa, se olvidaron del asunto y me dejaron ser feliz.

Las constantes escapadas y conquistas resintieron mi cuerpo, que llegaba desgastado y maltrecho, mi familia curaba mis heridas y me alimentaba para recuperar mis fuerzas, pero sabían que nadie podría controlar este espíritu indomable.

Mi padre tuvo problemas económicos y nos abandonó por un buen tiempo, tratando de crear una estrategia para defenderse de los grandes, qué sin importar la ética, lo reventaron. Mi madre adoptiva tuvo que enfrentar el futuro sola, manteniendo su entereza y a este hijo descarriado.

Acosados por el banco, tuvimos que dejar la parcela y volver a la ciudad, aceptando la ayuda de familiares y amigos. La alegría del hogar había disminuido, ya en este nuevo hogar en la capital, la entretención de la casa seguía siendo yo.

Mi hermano más chico del que había sido su protector, se hizo fuerte, pasando a ser el quien me defendía, pues con mis andanzas me habían hecho más débil y él ahuyentaba a mis enemigos, que se habían hecho numerosos.

Mi salud se deterioró rápidamente, se me inflamaba la próstata que no me dejaba defecar, nuevamente me llevarían donde los señores de bata blanca.

El diagnostico de estos matasanos es que deberían extirparme los testículos, sin medir las consecuencias que esto pudiera acarrear en mí futuro. Luego de pasar por el quirófano mi vida cambió, ya nada era como antes, a mis ojos se le apagó la chispa, ya no tendría más aventuras, ni un cuerpo esbelto, fui subiendo de peso hasta convertirme en un gordo insípido.

Desmotivado mi vida se fue apagando, hasta que un día desperté y me sentía fuerte y vigoroso, note que mi pelo amarillo estaba reluciente.

Podía correr tan rápido que volaba, la naturaleza era colorida con plantas de múltiples colores, las lagunas de aguas transparentes, el aire limpio sin contaminación, los caballos libres sin amos, las aves sin jaulas, los novillos sin cárceles, los océanos limpios y todo en perfecta armonía entre el hábitat y la fauna.

Nadie peleaba, los conejos no me tenían miedo, los otros perros no me atacaban y había muchas hembras de mi raza labrador, con quienes corríamos como el viento y nuestros ladridos no solo transmitían palabras, sino también sentimientos.

Me encontré con un cachorro amarillo, que me saludo como si fuera su padre y me contó que tenía muchos hermanos. En este lugar no había culpas ni culpables, no había hambre ni sed, no había mejores o peores, solo éramos un complemento de un paraíso ideal.

Ya no estaba mi madre humana como tampoco mi padre o hermanos. Tal vez esta especie no sabía vivir sin ser dominante y depredador. Todas las otras especies vivíamos en armonía, sin discusiones ni posesiones, sin guerras ni peleas, sin odio ni revanchas.

Este mundo se hizo para que fuésemos felices en armonía con el medio ambiente. Todos nos amábamos sin acaparar ni poseer nada, ni y a nadie.

FIN